

Alzheimer...



Ramón salio a correr, a entrenarse, como siempre lo hacía en todas las mañanas.

Renata se dio cuenta que era una lástima, dejar atrás las tibias sabanas, en esa mañana fría. Pero algo muy fuerte la impulsó a salir...

Sus dedos, a cada rato, acariciaban al viento despeinado en sus cabellos, cuando casi sin quererlo, se había largado en esa mañana de domingo, perdida entre sus neuronas, a pisar las veredas largas del invierno blanco y sin final.

Era invierno en el afuera y el adentro. La memoria se le derretía en un presente sin pasado, aunque igual Renata nunca dejaba de mirarse en los espejos. Le costaba demasiado abandonar para siempre, sus virtudes de mujer, quizá mucho más que el alejarse de los vicios que todavía le quedaban. Alzheimer, ululaba el viento sin parar; Alzheimer, tenían escritas las últimas hojas de los árboles, todavía empañadas en no tocar el piso. Alzheimer, Alzheimer, Alzheimer...

Vestía con sus pecas y lunares, mientras lucía un interesante dolor de su cabeza. Los años le desgarraban su piel y le mordían los huesos, en medio de aquella mañana fría y vacía de todo vacío. Hablar con ella era regresar al mundo del cada día de los días, con mucho de tristezas, melancolías y alegrías. Y nunca podía uno retornar de esas charlas con Renata, indiferente. Es que estaba hecha de ese material anfibio que le permitía subsistir y pertenecer, a varios mundos a la vez.

Y aunque a veces se le llenaba y llenaba la cabeza de problemas, de esos problemas tan reales que no existen en la realidad, pero que existen en la imaginación, cada tanto volvía por un rato a ser Renata, la de siempre. Retornaba y retornaba a este mundo por segundos, casi siempre; por minutos y hasta horas, solo en pocas, o en muy pocas...

Su instinto la llevó a evitar a esos dos mandrines trasnochados, que le clavaron el ojo a su aspecto de mujer perdida. Había aprendido a convivir con esas lacras insacables del paisaje urbano. Cuando todavía era ella, se refugiaba en recuerdos “de los lindos” cuando tenía mucho miedo, como en momentos como ese. Siempre supo que la memoria nos redime de este mundo trágico e ingrato, con el refugio y el consuelo que nos brinda y nos aleja de lo más insoportable.

Aunque igual su mente comenzaba ahora a rellenarse de vacíos, como de largas sombras su mirada y de cientos de carencias, en todo el resto de su vida... igual, por segundos, por tan solo unos segundos, era ella todavía. Otra vez, era ella... un chispazo de Renata.

Cantaba y caminaba, caminando por adentro del invierno. Cantaba algunos pasajes del

Anillo de Los Nibelungos, con su voz de soprano mañanero. Goce salvaje de un paisaje de cambios e ilusiones que dialogaban entre si, cantando, flotando, recreando un mamarracho solo para aquellos infaltables pintores de opiniones. Pero igual en su cantar de anemia de memorias, sentía que era un goce salvaje para el alma, dejarse arrastrar, llevar por armonías y corcheas... Su alma, en lo profundo más profundo, estaba intacta todavía.

Pero ya no era la de antes. Claro, carecía del sentido común de los mortales. Del sentido común que les ha sido modelado para la percepción del mundo, según se les ha formado a partir de la radio y de la televisión. Entre charcos y pantanos muy confusos para ellos, a Renata en su cara, se le adivinaban los rostros de esa gente que en su vida, hacía rato que se le habían borroneado para siempre. Renata era la hija de su hija... gracias al misterio oculto del terremoto del Alzheimer.

Caminar y caminar. Sin rumbo y por cualquier lugar. Hasta que el destino hecho de azar y de misterio de los dioses - y vaya uno a saber porqué más... - esa mañana los cruzó. Ramón avanzaba por la vereda del destino caprichoso, en dirección a ella. Abrigaba en una muy gruesa campera, la seguridad de saberse inexpugnable. La seguridad que le daba una comida deliciosa y las mieles del acariciar a una mujer hermosa, que lo esperaba al amparo de su casa. Únicas verdades que lo apartaban cada día, del aburrimiento, del tedio infecundo de la vida... además del correr y correr, como escapando de si mismo.

Pero en el fondo de su alma, Ramón era un monstruo de mente muy perversa, rencorosa y vengativa. Lepra de las mentes resentidas, envidiosas y recargadas del odio contra la misma inteligencia. Y un perverso, de los peores, aunque él se defendía diciendo que si se hablase de cualquier habitante de este mundo, de sus más ocultas preferencias y de sus más escondidos apetitos sexuales, todos los demás se sorprenderían y moverían horrorizados sus cabezas... destilando siempre esa dosis de hipocresía y de cinismo, que los lleva a creerse muy distintos. Estaba convencido - *jerróneamente!* - de que todos somos degenerados y perversos...

No era inteligente, pero tenía la habilidad de citar a muchos de los más famosos. Y si no, de inventarlos. Confundía a cualquiera. Estaban casados en su alma, el derroche de emociones pervertidas, con el gris de la fachada del viejo edificio del laboratorio, donde se habían conocido treinta años atrás. Ramón y Renata habían sido compañeros de trabajo, durante muchos años. El todavía trabajaba allí. Y hacia ese lugar del pasado, Ramón arrastró a la demencia perdida del presente de Renata...

Violar a Renata. Violar a la antigua compañera de trabajo, por un lado deseada durante muchos años, con todo ese ardor reprimido de hormonas a punto de explotar. Por el otro, hacerla por fin el objeto de la humillación, de la burla, de la venganza por no haber sido su amante. Plato sabroso, servido en bandeja fría, que ni siquiera sería capaz de denunciarlo... Sin memoria, los presentes ya no existen en Renata.

Renata ni sabía adonde estaba. Renata era solo un presente puntiforme, sin pasado ni asomo de futuro. Ramón la miraba extrañado, respirando entrecortado, mientras le desprendía las ropas que ella en su presente de dislates, tenía colocadas al revés. Sus palabras de perverso satisfecho, eran promesas y amenazas que no afectaban en lo mas mínimo, a la realidad de

ella. Su tristeza de vacío, la sentía el cuerpo entero. El reloj del tiempo había echado a andar desde mucho antes que ella y se paseaba, corriendo solitario hacia adelante.

- *Ramón... Ramón, lindo y bueno... corazón muy bueno* - pausada, serena, repleta de una paz que contagiaba, Renata le acarició la cabeza, mientras él le aprisionaba los pechos con sus manos que temblaban. Sus ojos de mujer, de un celeste bañado en la pureza, destilaban la inocencia de los ángeles más puros...

Y Ramón no soportó esa mirada. Ramón cayó al suelo de rodillas. Lloró, lloró y lloró... hasta pidió perdón. Había veces en que sus ideas tan perversas, chocaban con algunos planetas lindantes a la seriedad más antipática. A veces miraba las caras de los funebros cuando se constipaban, y se ponía a llorar. Todo lo arreglaba abrazándose a su perro, un ovejero alemán de alma dorada, en esas mañanas de nieblas azulonas y de tibias ganas en relámpagos, que atravesaban el alma pervertida de Ramón.

Y Ramón la vistió a Renata, la peinó y hasta le dio un pequeño desayuno. No la tocó. La familia de Renata quiso agradecerle a Ramón que la hubiese encontrado y traído en su propio auto, hasta la casa de ella.

Ramón igual no dejó de ser un pervertido, pero empezó a practicar más y más deportes. El intenso entrenamiento en el deporte, le iba enseñando poco a poco, a perder... En realidad, sin que él lo supiese, trataba de entender el misterio que a veces los envuelve y los protege, con una mezcla de pureza e inocencia, a los afectados del Alzheimer...

Fin